

Capítulo 14 - Luces Pálidas

Comenzaron a sentir la punzada de la escasez de suministros en el tercer día.

Angharad había medido sus raciones desde el principio, planificando para cuatro días de comida. El registro formal en el circuito de duelos la eximió de asistir a isikole, la escuela obligatoria de cuatro años, pero su madre se encargó de que recibiera algo de entrenamiento de todos modos. No había disfrutado las lecciones entonces, pero ahora veía la utilidad de lo aprendido al salir al campo: cómo hacer fuego, despiezar un animal y distribuir su comida. Sus porciones permanecían iguales, pero quienes no fueron tan prudentes pagaron las consecuencias. Las sirvientas de Isabel, en particular la pelirroja, comían poco más que migas en el desayuno. Eso no podía ser.

Angharad cortó su comida por la mitad, luego en cuartos, y sin decir palabra entregó una cuarta parte a cada una.

“Gracias,” dijo Beatris sinceramente, inclinando la cabeza.

“Es muy amable de tu parte,” añadió Briceida.

La pura gratitud en sus rostros la incomodaba. Echaron un vistazo a Isabel, que conversaba con los hermanos Cerdan mientras comía su propio plato. No sería apropiado que la ama sufriera en nombre de sirvientes descuidados, eso era cierto, pero la belleza de cabello oscuro debería haber estado más atenta a sus criadas desde un principio. Aunque Brun ni Song tenían esa distancia hacia ella, Angharad preguntó por sus propias comidas el día anterior. Brun se mostró muy divertido por su preocupación, informándole que había comido peores cosas en platos más pequeños, y la ración de Song era aún más estricta que la suya.

Ninguno de los hermanos Cerdan parecía estar quedándose sin comida, a pesar de que habían comido comidas más grandes que las de los demás. Incluso el amo Cozme, cuyo plato generalmente no era mucho mayor que el de Angharad.

“Ah, infanzones,” sonrió Brun, mirándolos. “No son un tipo de hombres propensos al desperdicio, debe decirse: ya gastaron la vida del pobre Gascon y ahora comen su comida.”

“Los suministros son suministros,” respondió Song con pragmatismo. “Lo que me molesta es el gasto excesivo.”

Angharad no podía decir exactamente por qué era incorrecto que Augusto y Remund Cerdan comieran las raciones de un criado que uno de ellos había asesinado, pero lo era. No importaba que la comida fuera suya, o que la persona que podría haber reclamado ese derecho ya no estuviera, era incorrecto. Reflexionó sobre eso durante el resto del desayuno. Cuando todos terminaron, Song propuso que, dado que la comida comenzaba a escasear, todos aportaran sus provisiones para un depósito común que sería distribuido de manera justa entre todos.

“Una Tianxi proponiendo robar a sus superiores,” escupió Remund Cerdan con desdén. “Qué sorprendente.”

“Seguramente esperará que votemos a favor,” rió su hermano mayor.

“Ya compartimos el aceite de linterna,” señaló Brun. “Solo es un paso más allá.”

La decisión se tomó por unanimidad cuando quedó claro que estaban a punto de quedarse sin aceite. Habían perdido cuatro linternas luchando contra los lupinos, así que solo quedaban tres, aunque la mayor pérdida había sido el contenido de las pieles llenas de aceite. Ahora quedaba tan poco que habían quemado dos linternas y solo el vanguardista del grupo llevaba una encendida, por miedo a quedarse sin antes de salir de la Carretera Alta. Caminar solo a la luz de las estrellas ya sería peligroso, pero la amenaza de la enfermedad Gloam era aún más temerosa que eso.

“Siempre solo un paso más adelante, muchacho”, explicó Augusto. “Hasta que nos arrodillemos con el cuello sobre el cepo.”

Angharad los miró frunciendo el ceño.

“No se ha hablado de violencia ni de robar a nadie, solo de una oferta para contribuir al bien común”, afirmó ella.

“No corresponde a los nobles llenar los vientres vacíos del mundo”, desestimó Remund. “Nos quedaremos sin panes mucho antes de que se queden sin mendigos: los comunes deben hacerse responsables de sí mismos.”

Pereduri no ocultó su disgusto. ¿Remund Cerdan no comprendía qué significaba ser noble? Todos los hombres tenían un oficio, una vocación bajo el Sueño de Dios, y nacer noble era aprender la tarea de liderar, soportar la carga del mando. Dejar que los propios pasaran hambre era una falla fundamental de ese deber. Aún más decepcionante, los Cerdan no estaban solos en su opinión.

“Mis sirvientas son libres de unirse a tal acuerdo si así lo desean”, dijo Isabel, “pero yo no lo haré. Me ocuparé de mis asuntos sin necesitar la ayuda de otros.”

La oferta fue el golpe final a la propuesta de Song, pues ni ella ni Brun estaban dispuestos, por ahora, a continuar con el plan. Las doncellas no aportaban nada a la olla, lo que en la práctica implicaba que serían alimentadas a costa de quienes llenaban el recipiente. Angharad comprendió que no tenía derecho a esperar que ellas sacrificaran su comida por desconocidos, pero a pesar de ello, todos tenían sus buenas y justas razones; el resultado era que dos de su entorno pasarían hambre. La egoísmo de todo ello resultaba repugnante. Se levantó bruscamente, la ira atrapada en la garganta.

“No es mucho”, le dijo Angharad rígidamente a las doncellas, “pero volveré a compartir en la cena lo mismo que di en esta comida.”

Las tres pasarían hambre, pero el hambre pasaría. La deshonra, no. Isabel le sonrió, pero la mirada de Angharad, fría, se volvió hacia ella al ir a recoger su cinturón. A veces, las personas eran menos

de lo que uno había pensado.

--

Tras reanudar la marcha, no sorprendió que Isabel se uniera a ella en la parte trasera. Angharad aún estaba bajo juramento, no podía haberse acercado a la otra por iniciativa propia. Con Song y Beatris caminando delante, mientras Augusto y Remund Cerdan tomaban la vanguardia mucho más adelante, incluso tenían cierta privacidad.

“Compartiré la mitad de mis comidas con ellas también, Angharad”, le dijo en voz baja la infanzona. “Pero no habría sido conveniente avergonzar a los hermanos delante de todos.”

Observó a Isabel desde un rincón de su vista, preguntándose si le estaba buscando la paz. No, decidió. Isabel no urdía ningún plan, solo era demasiado propensa a jugar mediadora, incluso cuando la otra parte no merecía compromiso. Era un defecto nacido de su bondad, no algo inferior.

“Responder por ti misma es tu responsabilidad”, dijo finalmente. “Tus criadas merecen algo mejor que el silencio.”

Un fastidio brilló en los ojos verdes de la infanzona.

“Tal vez”, replicó Isabel con dureza, “pero imagino que todavía prefieren estar en buenos términos con el hombre cuyo contrato es la única vía para que bajemos de este acueducto.”

A decir verdad, Angharad no lo había considerado, lo admitió, pero el deber era el deber.

“Se trata de honor”, dijo. “Los nobles tienen obligaciones, Isabel.”

“Hay honor en mantener a todos con vida”, replicó la infanzona, “y eso implica hacer felices a los hermanos. ¿No comprendes que cada vez que uno de ellos tiene la guardia podría simplemente abandonarnos?”

Isabel tragó saliva, claramente angustiada.

—Angharad, podrían tomar la comida y las linternas e irse—, dijo, chasqueando los dedos—. —Así, sin más, dejándonos atrapados. ¿Y por qué no hacerlo? Juraste matar a uno de ellos y el mapa de Song ya no tiene utilidad. Solo hay una razón para que permanezcan.

La mujer por la que ambas sentían afecto, como Isabel no necesitaba decir, y Angharad sintió que su enfado se disipaba. Habría sido conveniente decir que había sido convencida por la solidez del argumento, ¡y realmente lo era! La abierta desprecio de la mujer por la que sentían afecto podría, sin duda, alejar a los hermanos, exactamente como Isabel temía. Pero la verdad era que el temblor en la voz de Isabel y el temor en su rostro lograban convencer a Angharad de que dejara ir su indignación más que cualquier otra cosa. ¿Quién era ella para culpar, cuando ni siquiera había notado la carga que pesaba sobre los hombros de la infanzona?

—Todo estará bien—, susurró, colocando suavemente una mano en la muñeca de Isabel—. —Solo queda un día más hasta el final del Camino Alto, y luego ya no tendrán poder sobre nosotras.

Dejó escapar un largo suspiro, apoyándose en el hombro de Angharad.

—Estoy cansada—, admitió—. —Y tengo miedo. Nada ha ocurrido como pensé que sucedería.

—Mi tío me dijo que sería un viaje difícil—, respondió Angharad—, —pero ha sido una prueba en formas distintas a las que esperaba.

—Así es—, resopló Isabel, apartando un mechón de su rostro—. —Pensar que en estos tiempos podríamos estar en riesgo de contraer la enfermedad de las Sombras.

—No lo estaremos por un tiempo—, respondió distraídamente Angharad.

Sus ojos verdes y curiosos la miraron fijamente.

—¿Conoces el proceso?

—Mi madre fue capitana de mar—, respondió—. —Pocos conocen mejor que los marineros el terror de esa enfermedad.

Particularmente aquellos que surcan el Mar Errante, que, a diferencia del Trebian, carece de luz que lo ilumine desde el firmamento. Solo la gran obra triunfante de la corte real, los Caminos Serpenteantes, se atrevieron a atravesar aquella oscuridad que antes parecía Impecable.

—Se necesitan siete días sin Luz o un mes con menos de dos horas diarias expuestas para que la enfermedad se desarrolle—, continuó Angharad—. —Mientras sigamos comiendo a la luz de las linternas y vigilando con ellas, no corremos riesgo.

—He oído que Malani estudió la enfermedad más profundamente que nadie—, dijo Isabel con hesitación—, —que han medido lo que le hace a los hombres.

—Lo básico es conocimiento común en casa—, admitió ella.

Aclarándose la garganta, elevó la voz con mayor tono.

—Siete muertos y uno vivo, el último en la sombra para prosperar—, cantó Angharad.

Todos los niños de las Islas aprendían esa rima infantil. Los estudios de los eruditos Malani revelaron que, de cada diez hombres que contrajeron la enfermedad de las Sombras, los resultados tendían a una media: siete morirían, dos se volverían oscuros y uno sobreviviría. Pero la madre siempre decía que el hundimiento era más frecuente que eso, y que en ocasiones aquellos encaminados a la muerte podían salvarse si se bañaban en la Luz directa durante lo suficiente—. La luz ardiente que caía directamente de las grietas del firmamento, no el brillo suave de los dispositivos Antediluvianos. Isabel tembló junto a ella.

—Qué verso tan terrible—, murmuró Isabel—, —pero supongo que deja claros los finales.

—Busca ser una advertencia—, dijo Angharad, deslizando su brazo alrededor de la otra mujer y apretando su mano—. —Así los niños recuerdan mantenerse alejados de la Gloom, especialmente en el campo.

Malán y sus islas hermanas, Peredur y Uthukile, no se encontraban bajo un fragmento de firmamento donde los Antediluvianos hubieran construido maravillas. Solo era una gran fosa de Resplandor la que hacía habitables las islas, y esa luz no era tan sofisticada como la de tierras bendecidas desde hacía mucho tiempo. Entre las sombras proyectadas por el relieve del terreno y el Challenger — esa gran máquina errante en lo alto del cielo — cortando la luz, no faltaban rincones y recovecos donde un alma imprudente podría encontrar un final fatal.

“No es natural permanecer demasiado tiempo fuera de la luz,” coincidió Isabel. “Presiona contra el alma de todos los que no están alejados del Círculo Perpetuo.”

“Hemos estado resistiéndolo bastante bien por ahora, diría yo,” replicó Angharad.

Isabel sonrió con gracia, luego se inclinó con cercanía. Por un latido dorado y aterrador, Angharad creyó que ella iba a besarla, pero en lugar de eso, la infanzona tiró de su capa para ajustarla en su sitio.

“Eso es mejor,” dijo Isabel, sonriendo con una expresión que revelaba que sabía exactamente qué acababa de hacer.

Angharad aclaró su garganta. Al menos, no había sonrojado.

“Gracias,” logró decir.

“No es nada,” respondió con indiferencia. “Si has de agradecerme por algo, que sea por esto: no todos soportamos tan bien la oscuridad como tú piensas. Tu ayudante Brun, por ejemplo.”

“No es un ayudante,” dijo el Pereduri, “sino un compañero.”

“Un compañero que cumple todo lo que le pides y comparte los mismos enemigos,” replicó Isabel con sequedad. “Pero llámalo compañero si quieres — la reticencia forma parte de tu encanto, creo.”

Angharad no estaba segura si se sentía halagada o insultada, pero de cualquier modo decidió seguir adelante.

“Brun ha estado bien, en general,” dijo finalmente. “¿Por qué crees tú lo contrario?”

“Se esfuerza mucho cuando comemos o cuando está con alguien más,” concedió Isabel. “Incluso cuando habla con la querida Briceida. Pero en cuanto no está, una sombra oscura lo invade.”

Las cejas de Angharad se alzaron con sorpresa.

“No hay una pizca de emoción en su rostro,” continuó Isabel, “y se vuelve inquieto. Siempre busca ese hacha que lleva, mientras su mirada vaga sin rumbo.”

“No lo había notado,” admitió.

“Dudo que aceptara bien un intento de consuelo,” observó la infanzona. “Los hombres rara vez lo hacen, sobre todo con una mujer cuya falda no busca deslizarse por debajo de sus vestimentas. Solo te comento para que estés atenta a él.”

“Lo haré,” juró Angharad.

Brun había sido bueno y amable; no devolvería esas cualidades dejando que la Gloam se lo levaran. Aunque la enfermedad que llevaba su nombre era uno de los peores males que la oscuridad en sus entrañas encarnaba, no era la única dolencia nacida de ella. La mayoría de las veces, los hombres enloquecían: algunas veces por completo, otras en partes, por la falta de luz.

“Bien,” sonrió Isabel. “Después de todo, eres uno de los pilares de esta compañía. No sería conveniente que actuaras de otra forma.”

“Sobreestimas mi influencia,” desestimó Angharad.

“¿En serio?” dijo la de ojos verdes. “A tu alrededor se agrupa una potencialidad para mucha violencia, Angharad. Dos valientes guerreros más tú misma; hay una razón por la cual creo que los hermanos huirían en lugar de intentar enfrentarte por las riendas del poder.”

“Incluso si eso fuera cierto,” afirmó ella, “¿de qué ha servido? Ayer, con Song, estuve de acuerdo en que compartiéramos la comida. Y no sirvió de nada.”

“Por lo general, cuando me niegan algo, es porque simplemente no he pedido de la manera correcta,” dijo Isabel.

Angharad lanzó una mirada divertida a la infanzona. Sí, no le parecía tan difícil de creer que pocos le negaran en gran medida alguna petición. Solo la diversión se disipó cuando notó que Isabel la miraba directamente a los ojos, con una expresión casi poco amable. No, pensó Angharad, no es una expresión de mala intención. Era la misma que había visto en algunos tutores que su madre había contratado, hombres y mujeres que solo accedían a encontrarse con ella por cortesía respecto a la reputación del famoso Capitán Tredegar. Ella había tenido que demostrar que valía su tiempo, sus lecciones.

Había sido puesta a prueba entonces, y ahora la estaban poniendo a prueba de nuevo.

Apartando la mirada con rapidez, mantuvo los ojos fijos en lo que tenía delante. Según Isabel, no había pedido de la manera correcta, pero no podía imaginar que los Cerdan aceptaran ninguna propuesta suya. Había negociado un acuerdo con Remund y desde entonces él se había vuelto más cordial, aunque en la superficie, pero eso no los convertía en aliados en pensamiento. Es improbable que Cozme Aflor intercediera en su favor tampoco, y Isabel ya había dejado claro que no podía permitirse tomar partido abiertamente. En Peredur se dice que el nombre de un hombre

tiene dos mitades: su mayor arrepentimiento y su deseo más profundo. Conocer cualquiera de esas partes equivalía a poseer la mitad de su nombre, y conocer ambas era atarlo con tanta fuerza como una entidad espiritual.

Entonces, ¿qué deseaban los hermanos Cerdan que ella pudiera aprovechar en su contra?

Querían heredar, con tanta ansia que estaban dispuestos a pactar con enemigos para deshacerse de su rival. Con tanta ansia que el Maestro Cozme se encontraba aquí más para protegerlos de sus propios hermanos que por las pruebas en sí mismas. Solo que Angharad ya había negociado usando ese deseo, y abusar demasiado de un palanca significaba romperla. ¿Podría convocar a Song y Brun para intentar forzar esa idea? Quizá, pero no había garantía de que esto funcionara; lo más probable era que la confrontación alejara a los infanzones en medio de la noche. No podía ser ella quien lo hiciera, decidió Angharad. Ella era la enemistada, incluso con el Cerdan con quien había forjado una alianza.

El silencio persistía entre ella e Isabel, lo bastante prolongado como para inquietarla, pero la infanzona permanecía en silencio, sin ninguna palabra o atisbo de aburrimiento en su semblante. Con calma, expectante, Angharad se obligó a concentrar su mente en los surcos que ya había cavado. ¿Si no era ella, entonces, ¿quién? Isabel había descartado a Brun como su ayudante, y aunque ella se equivocaba en eso, los hermanos podrían compartir esa opinión. Eso excluía a él o a Song como respuestas viables. Solo quedaban las doncellas y Isabel, pues es poco probable que los hermanos compartieran voluntariamente su comida con personas que en su mayoría despreciaban y despreciaban con desdén. ¿Acaso les agradaba alguien más de su compañía, aparte de Isabel?

Y allí, Angharad se quedó en silencio, pues en verdad el hermano también quería a Isabel. Quizá incluso la amaba, aunque ella tenía sus dudas. Una de las razones por las que los hermanos Cerdan estaban tan febrilmente conquistando a Isabel Ruesta era por la riqueza de la casa de la infanzona, que al hacer alianzas aumentaría, sin duda, las probabilidades del heredero de ascender por encima de su hermano para heredar el título familiar. Era una parcela del deseo del corazón, la mitad del nombre atrapada por un deseo diferente, y todas las puertas estaban abiertas, ¿o no? Angharad armó cuidadosamente las piezas en su mente. Las doncellas de Isabel habían recibido permiso para unirse a la 'organización' de compartir la comida, y Isabel estaba dispuesta a compartir parte de su banquete con ellas.

Todo lo que era necesario hacer era mover los acontecimientos un poco más adelante.

—¿Has considerado—, preguntó Angharad—, regalar tus comidas completas a tus criadas?

Una chispa de sorpresa cruzó el rostro de la otra mujer, seguida de un breve suspiro de Isabel y una ligera risa.

—Oh—, dijo ella—. Eso es ingenioso.

Era el turno de los Pereduri de comenzar.

—¿No me estabas llevando hacia una solución así?—, preguntó lentamente.

—Para nada, querida—, se rió Isabel—. Había otras formas, pero realmente no debería sorprenderme que esto fuera lo que se te ocurrió.

Ella se sacudió la cabeza con una sonrisa irónica.

—Es muy Malani, ¿verdad? La dama regala sus comidas a sus sirvientes, una acción noble en la práctica, y, naturalmente, cuando termina sin nada, los señores que la cortejan lucharán por el privilegio de proveerle. Gallardía en todos lados, con solo un toque de las sensibilidades mercenarias que yacen debajo.

La última frase la pronunció con aprobación abierta, lo que hizo que Angharad frunciera el ceño. Sin embargo, no era una negación. Esa era la dura verdad de las palabras precisas, la que su padre se había asegurado de enseñarle: si solo se adhería a la letra del honor, el honor terminaba siendo lo que más le convenía a uno. Por muy insensible o cruel que pareciera. Cuando el Padre de los Demonios aparecía en los Grandes Relatos, el Rey del Infierno nunca mentía ni rompía un juramento. Pero eso no hacía a Lucifer menos peligroso: solo un susurro de él había sido suficiente para convertir a Issay el Grande, el primer y más noble rey de Malan, en un tirano sediento de sangre.

Una sonrisa distraída la sacó de sus pensamientos cuando Isabel apoyó la cabeza en su hombro.

—Eres propensa a la introspección, Angharad—, dijo ella—. Tendremos que arreglar eso.

—Qué ambiciosa eres—, replicó ella con tono sarcástico—, cuando solo nos queda poco tiempo juntas. Hasta que no finalice la segunda prueba, no es mucho, mi señora.

—Oh, mi vida no terminará tras la Prueba de las Ruinas—, coqueteó Isabel—. Por eso quiero hacerla, en primer lugar, cariño.

Echó una mirada significativa hacia adelante.

—Con un logro así en mi haber, mis padres me darán mayor libertad para elegir con quién me vinculo—, afirmó Isabel.

—Una causa por la que vale la pena luchar—, respondió Angharad, solo medio en broma.

—Pensé que dirías eso—, sonrió Isabel Ruesta, con sus ojos verdes cálidos llenos de promesas.

—

El tiempo que ambas pudieron mantenerse acurrucadas en la retaguardia de la compañía sin ser vistas era limitado, así que cuando llegó la hora del almuerzo se vieron en la necesidad de separarse a regañadientes. Quizá fue lo mejor, pensó Angharad, porque si hubiera sentido los labios de Isabel susurrando contra su oído o su cuello una vez más, podría haber hecho algo muy imprudente. Y, por la mirada de comprensión que Song le dirigió al sentarse a la mesa, en realidad no se habían ocultado del todo. Angharad, de humor demasiado alegre para sentirse culpable, encontró eso divertido a su manera.

Tened cuidado de no prestar demasiada atención mientras la artimaña acordada con Isabel se llevaba a cabo: las criadas, con sus platos llenos, ofrecían contribuir a un botín común de comida, mientras su señora les sonreía sin ningún vestigio de lo que se llevaba. Augusto fue el primero en ofrecer su comida, y Remund parecía a punto de maldecir cuando su hermano mayor lo adelantó. Isabel propuso tomar solo la mitad de cada uno, siempre conciliadora, y ambos dedicaron más tiempo a mirarse fijamente que a atender cualquier otra cosa. El maestro Cozme le hizo una señal con una ceja al tenderle la mano, y ella simplemente se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

El hombre se rió entre dientes, acariciándose el bigote, y ladinamente saludó a ella con lo que habría sido su sombrero.

Angharad devolvió la sonrisa, pero mantuvo su atención en los arreglos para la comida. Casi no hubo negociación, las dos doncellas conscientes de que su incorporación al pacto se hacía desde una posición de debilidad, y se acordó que Song se encargaría del racionamiento. La jornada comenzaría con la cena y concluiría con la llegada a la segunda prueba. Las doncellas permanecieron cerca de ellas mientras comían, lo más que Angharad había visto de ellas desde que comenzó el viaje, y quedó claro que en ausencia de Isabel, ambas no disimulaban su desagrado mutuo. Briceida, la bien educada pelirroja, seguía jugueteando con un pequeño adorno de marfil: era una aguja con una cabeza esculpida, demasiado grande para coser y seguramente destinada a sujetar el cabello.

“Es bastante bonito,” elogió Brun. “¿Un regalo de tu familia?”

“En realidad, de nuestro pobre viejo Gascon,” respondió Briceida, alzando la mirada con satisfacción. “La ganó en una partida de azar durante nuestra primera noche en la isla y me la dio al día siguiente.”

“Qué amable de su parte,” dijo Beatris con sequedad. “Totalmente espontáneo, seguro.”

Le dirigieron una mirada venenosa.

“No todos podemos obtener piedras preciosas de ratas, supongo,” respondió Briceida con una sonrisa. “¿Qué hiciste tú por ella, querida Beatris? Solo espero que no hayas sido aprovechada.”

“Vuelves a revisar mis asuntos, veo,” contestó Beatris con frialdad. “Y pensar que soy la de la Marea.”

Angharad aclaró su garganta, interrumpiendo antes de que las disputas se descontrolaran.

“Realmente, esa aguja es muy hermosa,” expresó. “¿Piensas usarla en tu cabello, Briceida?”

Las doncellas replegaron sus garras cuando la conversación cambió de tema, Brun lanzándole una mirada de agradecimiento por la intervención. El resto de la comida transcurrió entre conversaciones triviales, y pronto reanudaron su marcha. Aunque tentada de intentar robar un momento más con Isabel en la oscuridad, Angharad resistió la tentación y caminó junto a Song, cerca del centro de la columna. Antes de que siquiera pudieran comenzar a conversar, toda la comitiva se detuvo cuando el maestro Cozme gritó desde el frente.

“¡Todos al suelo,” susurró el viejo soldado. “Muchacho, cierra la linterna.”

El miedo en su voz eliminó cualquier duda de obedecer la orden: Angharad se acurrucó contra el suelo de la Carretera Alta mientras Brun, que había ido delante con Cozme, cerraba la cortina de la linterna. Lo único que vio Angharad antes de recostarse contra la piedra fue la silueta alta de un ser que atraviesa las llanuras a lo lejos, alguna criatura emplumada. Durante lo que pudo haber sido casi una hora, permanecieron allí, solo Cozme asomando la cabeza para mirar, y finalmente el viejo soldado les indicó que se levantaran cuando la amenaza desapareció.

“¿Qué fue eso?” preguntó Remund Cerdan.

“Un ave funeraria, mi señor,” respondió Cozme Aflor con tono sombrío. “No queremos llamar nunca su atención.”

Todos los Sacromontanos aparentaban estar conmocionados por el nombre, al igual que Song, dejando a Angharad como la forastera. Ella nunca había oído hablar de tal espíritu. Continuaron el viaje con un ambiente extraño, con los atrevimientos demasiado ruidosos de Augusto Cerdan en su confianza a Isabel de que la habría protegido del lemure, resonando desagradablemente. El hermano mayor era más cauteloso en sus palabras que el menor, pero no demasiado como para ser considerado cuidadoso, en comparación. Al recordar lo que había dicho acerca de las estacas esa misma mañana, Angharad se ruborizó de vergüenza. La ofensa no había sido en lo más mínimo implícita, simplemente no la había dirigido directamente a Song.

"Ofrezco disculpas por la falta de modales del señor Augusto esta mañana", le susurró discretamente a la Tianxi. "No hubo motivo alguno para que sugiriera que usted alberga intenciones tan sanguinarias, sin importar la política de las Repúblicas."

"Estoy segura de que muchos pequeños nobles se acuestan cada noche con cuentos sobre republicanos que vienen a decapitarles si han sido malvados", comentó Song con humor, "pero le aseguro que las historias están exageradas. Solo en las tres repúblicas más al sur, Sanxing, todos los nobles fueron enviados al pelotón de fusilamiento."

Angharad se estremeció de sorpresa.

"Me enseñaron que en Tianxia no existen nobles", dijo lentamente. "¿Estaba equivocada?"

"Por supuesto que no hay títulos," respondió Song. "Pero las repúblicas del norte llegaron tarde a la unión, y algunas con menos entusiasmo que otras. Muchos nobles allí obtuvieron altos cargos en la burocracia tras renunciar a sus antiguos derechos. Sus familias siguen siendo ricas e influyentes hasta hoy."

"Eso no es nobleza", le dijo Angharad con firmeza, sin mala intención. "Es corrupción."

Por alguna razón, la Tianxi parecía muy divertida.

"Aún deben presentarse a los exámenes," dijo con convicción. "Los inaptos para servir son eliminados, no se preocupe. Es solo un compromiso con el que los puristas de Tierra Amarilla no

estaban de acuerdo."

De estos, Angharad había oído hablar. Radicales Tianxi conspirando por todo Vespero, asesinos y agitadores de rebeliones. Que las Repúblicas quizás no respaldaran sus acciones pero tampoco las condenaran, era una de las razones por las cuales Tianxia a menudo entraba en guerra con sus vecinos. Los Pereduri encontraban difícil entender cómo un pueblo tan sensato en otros aspectos podía ser tan insensato en este.

"No hace falta que te preocupes tanto, Angharad", bromeó Song. "Solo hablo de esto para aclarar que el odio incendiario no es algo común. Incluso estudié los clásicos Malani, te lo aseguro."

"¿Las Grandes Historias?" dijo Angharad, impresionada. "Debo confesar que solo he leído 'Barcos del Amanecer' y 'La Locura del Rey Issay'."

Era tradición aprender la escritura de Umoya a través de las Grandes Historias, aunque el idioma fuera arcaico. La odiaba tanto cuando era niña que su padre solo le hizo leer las dos historias más emocionantes, las llenas de batallas, rebeliones y finales sangrientos. Si Song había leído las nueve obras completas, era un logro digno de alabanza.

"¿Fueron traducidas al Antigua o al Cathayan?" preguntó.

"En el original Umoya," respondió Song con perfección en esa misma lengua.

"Qué raro", exclamó Angharad con entusiasmo. "Solo aprendí Antigua y algo de Gwynt."

El antiguo idioma Pereduri era considerado de vocabulario rudo en la sociedad Malani, y solo lo usaban los campesinos más en el interior del ducado.

"Siempre he querido aprender Gwynt", admitió Song. "Existen canciones encantadoras, de antes de la llegada de Morn, que su gente transcribió. Mi madre no quería oír hablar de ello, y me mantuvo en Centzon y Samratrava."

Las dos lenguas más comunes, respectivamente, del Reino de Izcalli y del Imperio Someshwar. Angharad no mostró expresión, pero fue una cercanía.

"Song", dijo con delicadeza, "¿puedo preguntarte cuántos idiomas hablas?"

"Siete con fluidez", respondió la Tianxi.

"¿Por casualidad, eres intérprete?" intentó Angharad.

El rostro de la otra mujer se volvió grave.

"Tuve una educación inusual", admitió Song. "Pero creo que ya nos hemos alejado bastante de nuestro tema principal. Si no te interesaron las Grandes Obras, ¿puedo preguntarte qué sí disfrutaste?"

El cambio de tema fue suave, pero no menos firme por ello. La noblewoman no sería tan descortés como para ignorarlo.

“Me encanta la poesía,” dijo Angharad. “Algunos grandes de Lierganen—especialmente Ilaria y Alifonso—pero, ante todo, las luminarias de Malani. Ybanathi es mi favorita.”

Solo se dio cuenta de lo que había dicho después de que ya era demasiado tarde para retractarse. Mortificada en silencio, Angharad lanzó una mirada a Song de reojo. Quizá la Tianxi no sabía que la poeta Ybanathi era famosa por sus versos sobre su amor no correspondido hacia las mujeres. O que, en ciertos círculos, preguntar si una otra mujer había leído a Ybanathi era una manera indirecta de indagar si también sentía interés por el sexo opuesto. Song le sonrió.

“Oh, nunca había oído hablar de Ybanathi,” dijo ella. “¿Qué escribió ella?”

Varias recopilaciones de poemas, respondió Angharad de manera vaga. “Es difícil de describir.”

“Entonces debo procurar conseguir las después de las pruebas,” decidió la mujer de ojos plateados. “Quizá puedas explicármelas.”

La mortificación aumentaba, y aun así, la Tianxi le ofrecía esa sonrisa inocente, sin saber que estaba clavando un puñal. Aunque, pensó Angharad mientras entrecerraba los ojos, esa sonrisa podría ser quizás demasiado ingenua.

“Estás haciendo burla de mí,” le acusó.

“Oh, firmamento lejano, ¡rompe mi espalda!” recitó teatralmente Song, colocando la mano sobre su corazón. “Sería más misericordioso que tu ceño.”

Nunca imaginó oír el “Oda a Isore” recitada en su presencia, y mucho menos en excelente idioma Umoya. Era más embarazoso de lo que había soñado.

“Esto es totalmente injustificado,” manifestó Angharad con tono apenado.

“Te perdonaré en esta ocasión,” permitió Song. “Pero solo si renuncias formalmente a la idea de que alguna vez fuiste sutil respecto a tus preferencias.”

“No oculté nada, pero tampoco lo pregoné,” protestó ella.

“Podría haber sido más como un tambor,” concedió Song. “No en primer plano, pero ciertamente imposible de ignorar.”

La sonrisa evidente en el rostro de la otra mujer era contagiosa, aunque Angharad actuaba como objeto de burla. La sonrisa se manifestaba con tal ausencia de amargura que sus propios labios no pudieron evitar entrecerrarse.

“Quiero que sepas que—”

“¡Alguien adelante!” anunció Brun de repente.

El cambio que se produjo en su grupo fue instantáneo: las armas se desfundaron en un parpadeo, la propia espada de Angharad salió de la vaina, y todos los ojos se dirigieron hacia adelante, dejando pasar a los infanzones a combatientes mejores. Pero no había nada más que oscuridad, incluso en la claridad del farol que Cozme ahora levantaba.

“Esto no es asunto de risa, muchacho,” dijo duramente el maestro Cozme. “Si piensas—”

Puedo sentir la presencia del ser vivo, le había dicho Brun. Personas en mayor medida, vacíos y bestias con más dificultad.

“Creo en él,” intervino Angharad, acercándose con cuidado.

Suavemente apartó a Isabel, y luego pasó junto a Augusto para unirse a los dos al frente. Sus ojos se posaron en Brun, cuyo rostro permanecía calmado, aunque su mirada se había vuelto fría. Él se preparaba para el combate.

“¿Cuántos hay?” le preguntó.

“Uno o dos,” murmuró. “Vacíos, así que es difícil de decir.”

Se inclinó más cerca.

“No puedo distinguir su altura,” susurró Brun en su oído. “Podrían estar debajo. Tal vez a cuatro o cinco cientos de pies adelante.”

Frunció el ceño, asintiendo con la cabeza en señal de comprensión. Los ojos de Cozme se movieron entre ambos, entrecerrados, y el hombre no era tonto. Ya no hacía preguntas ni dudaba de la palabra de Brun, mientras se empuñaba la espada con la mano que aún no sostenía el pistol.

“¿Deberíamos apagar la linterna?”, le preguntó él.

Él negó con la cabeza.

“No sirve de nada, los huecos ven mejor que nosotros en la oscuridad”, dijo el Maestro Cozme. “Es difícil sorprenderlos. En una calle estrecha como esta, nuestra mejor opción es avanzar rápidamente.”

Ella asintió en señal de acuerdo.

“Entonces necesitamos una vanguardia”, dijo Angharad. “Yo me ofrezco.”

El veterano sonrió con picardía.

“Como esperabas”, dijo. “Iré contigo.”

Él miró hacia atrás.

"Disparen con pistolas o mosquetes", ordenó Cozme Aflor. "Tiren si tienen una línea clara, pero si no, mantengan la en la recámara."

La tensión recorrió su piel cuando avanzaron hacia el frente, con cuerpos preparados para la acción. Con la ayuda de Brun, podrían tomar a los enemigos por sorpresa; su contrato observando mejor que la vista, pero ella no apostaría a ello. Las linternas se veían desde lejos en una isla sin mucha iluminación. Compartieron un cruce de miradas con Cozme y luego comenzaron a moverse. Primeros pasos largos, luego acelerando en una carrera, lanzándose rápidamente hacia adelante. Brun sostenía la linterna detrás de ellos, proyectando su resplandor hacia adelante, pero Angharad todavía no comprendía las señales. Pensó que una curva en la piedra, hasta que la capa gris polvorienta apoyada contra el borde izquierdo del acueducto fue soltada, revelando a un hombre pálido y tatuado descargando su ballesta justo frente a Cozme.

Ella se lanzó en un arco que ascendía, y-

(Cozme se agachó, el ojival atravesó su mejilla, su ataque fue demasiado temprano)

-esto detuvo su golpe, atrapando la cabeza de la flecha y lanzándola a un lado mientras Cozme se agachaba gritando. Un latido después, descargó su pistola contra el hueco mientras el hombre intentaba levantarse, la bala impactando en un metal bajo una camisa de pelo, lo que lo hizo retroceder. Angharad avanzó rápidamente, recorriendo con la vista la Vía Alta en busca de alguna señal del segundo enemigo, pero no encontró nada. Solo piedra y — maldición, pensó Angharad, desviando la mirada hacia un costado al ver una silueta delgada huir por las llanuras de abajo. Estaban cerca de un arco en el acueducto, el otro ser oscuro seguramente se escondía allí.

"Alguien dispara—", gritó, solo para que un fuerte chasquido la interrumpiera.

La parte trasera de la cabeza del fugitivo estalló en rojo, el tiro perfecto de Song reclamando otra vida. Bien, pensó con furia. El cobarde no podrá enviar refuerzos. El hueco en el acueducto empezó a levantarse de nuevo, pero ella fue hacia él y le estampó la bota en la barbilla, dejándolo en el suelo, luego atacó la mano que levantaba una hoja curva para intentar cortarla. Un grito de dolor resonó en su garganta, su acero hiriendo profundo como hueso, y la espada del hueco caía al suelo con un tintineo metálico. Colocó su bota en su pecho para mantenerlo en el suelo. Cozme estuvo a su lado en un instante, golpeando la cara del hueco con la empuñadura de su espada. El hombre inquietantemente pálido, que ahora veía no tatuado sino marcado ritualmente, cayó en un aturdimiento.

"¿Quieres hacer prisionero?", preguntó Cozme.

Angharad vaciló. No había razón para que el hueco hablara, salvo si le prometían liberarlo, lo cual ella no podía arriesgarse a aceptar, o mediante torturas, que rechazaba por completo. La decisión quedó sellada cuando un hacha arrojada se hundió entre sus ojos con un sonido húmedo, directo en el cráneo. La muerte fue casi instantánea, Brun pasó a su lado mientras ella se quedaba sorprendida, lista para arrancar su arma. La miró directamente a los ojos.

"Demasiado peligroso para vivir," dijo simplemente el Sacromontano de cabello rubio.

Sin embargo, había en sus ojos una especie de satisfacción. ¿Había Isabel percibido la verdad en ello? ¿El oscuridad le afectaba? Angharad observó la disposición de sus hombros, cómo parecían aflojarse, y decidió que no. Había estado inquieto porque la oscuridad no era un enemigo con el que pudiera luchar, pero ahora, tras haberlo enfrentado —aunque fuera por un breve momento— había expulsado parte de aquella inquietud. A Angharad le desagradaba que el hueco hubiera sido derrotado sin armas en mano, pero esto era una batalla, no un duelo. El honor no había sido vulnerado.

“No estás equivocado,” dijo finalmente ella, y con eso se puso fin a la conversación.

El resto del grupo alcanzó su paso y, tras unos pocos momentos de investigación, descubrieron dónde habían acampado los huecos. En la Carretera Alta solo había habido una vejiga de agua —agradecidamente añadida a sus provisiones— bajo el amplio manto gris, pero debajo del arco había un par de lechos y lo que parecía ser franjas de carne seca junto a una cesta de tomates negros. Song descubrió cómo el hollow había trepado, con una cuerda anudada que terminaba en ganchos, oculta a lo largo de la curva del arco. Su existencia dio lugar a un acalorado debate, Brun y el Cerdano argumentando que alguien debería bajar y apoderarse de los suministros.

“Hay dos cadáveres recientes y estamos en el corazón de la isla,” respondió Song con franqueza. “Cada aliento que desperdiciamos aquí es un peligro.”

A Angharad le resultaba desagradable tomar cosas de los muertos, aunque dentro de ciertos límites eso no mancillaba el honor, por lo que inclinó la cabeza a estar de acuerdo. Igual que Isabel, quien quería abandonar ese lugar lo más pronto posible. La discusión quizás habría continuado más tiempo si Beatris no hubiera lanzado de repente un grito de sobresalto. Angharad volvió a empuñar su espada, siguiendo la mirada de la doncella, y encontró un fragmento de oscuridad que cubría las estrellas lejanas.

“Harrowhawk,” gritó Song.

Se daría más de una espada para matar aquello, comprendió Angharad, pues a medida que el aleteo de enormes alas se volvía ensordecedor, vio que la forma descendiente era tan alta como la de tres hombres. El maestro Cozme dejó caer la linterna, rápidamente cargó pólvora y disparó su pistola, y en aquella luz tambaleante y temblorosa la Pereduri vio una tormenta de plumas aceitadas. Las garras, más gruesas que sus piernas, desgarraban el cadáver del hollow, destrozándolo como si fuera papel húmedo, y en un silencio inquietante, el espíritu desplegó sus alas. Es un hombre, pensó Angharad, incrédula. Dentro de las plumas negras, yacía una silueta de oro tarnished, brazos y piernas delineados con alambre dorado que conducía a una cabeza con casco.

Pero los brazos se engrosaron, se retorcieron, transformándose en plumas doradas donde antes había manos. El hombre entero estremeció, y solo entonces se dio cuenta de que no era más que color en las plumas —colores que parecían demasiado profundos para ser solo eso.

Angharad solo percibió que se había quedado quieta, que todo sonido había desaparecido de sus oídos, cuando Brun se lanzó contra ella.

Ambos cayeron sobre la dura piedra, y el Sacromontano se apresuró a disculparse mientras se levantaban. Detrás de ellos, Song disparó una bala justo en los ojos del yelmo dorado, pero aunque las plumas no le preocupaban al espíritu, poco le importaba. Mientras Angharad permanecía fascinada, Cozme fue lanzado al suelo, herido de una manera que dejó una cicatriz negra en su rostro, y Augusto lo arrastraba lejos, gritando a pleno pulmón. ¿Por qué? La criatura apenas se movía, solo los observaba mientras desgarraba con indiferencia el cadáver del hollow.

“Es demasiado viejo para ser plomo,” maldijo Song. “Tenemos que huir.”

¿De un espíritu que pudiera volar? Sería inútil. Solo podrían luchar. Exhalando, Angharad reprimió su miedo y se volvió para enfrentarse al marco dorado. La distancia sería difícil de medir, con tan poca luz, pero no era muy diferente a luchar contra sombras. Ella podía hacerlo, se dijo a sí misma, y avanzó rápidamente. Alguien detrás le gritó su nombre, pero no logró encontrar en qué preocuparse. Se sentía... lejana.

“TÚ ESTÁS EN CASA.”

“¿Mamá?” susurró, tropezando hacia adelante.

“Sí. Ven a mí. ESTÁS EN CASA.”

¿Había sido todo un sueño? El fuego, los gritos y las personas que la perseguían hasta los confines de la tierra. Dio un paso adelante, con el sudor empapándole la espalda.

“ESTÁS SEGURA,” cantó su madre. “ESTÁS EN CASA. ERES MÍA.”

Podía sentir el calor del hogar, el abrazo de su madre. Pero, en cuanto dio otro paso, sintió que se le escapaba entre los dedos. La calidez se desvanecía, el frío recorría sus venas. La frescura del agua en la oscuridad, en un lugar profundo solo conocido por el silencio. Y una voz habló a través de ella, aunque no era una voz: era la marea que devora el acantilado, el grito de las gaviotas picoteando cadáveres, el sonido de hombres arrodillados. Era el paso paciente de lo inexorable.

“Conoce tu lugar,” reprendió el Pescador.

Angharad volvió en sí cuando los puntiagudos dorados que apretaban su rostro como dedos grotescos se apartaron, el espíritu chillando de dolor mientras intentaba cubrirse la cabeza con sus alas. Ella se lanzó contra el cuerpo, la espada deslizándose entre las plumas como si estuvieran hechas de aceite, y retiró su sable empapado con un estremecimiento de desprecio. Se dio cuenta de que no podía hacer nada más, y huyó. Lo que sea que su patrón hubiera hecho al espíritu, pronto desapareció, y apenas dio tres pasos antes de que sus alas se volvieran a desplegar.

“Briceida,” susurró Isabel con voz temblorosa. “Hazlo.”

“Mi señora—”

“Hazlo.”

Y Angharad vio cómo la doncella de cabello rojo dio un paso adelante, con rostro pálido y los ojos fijos en el espíritu que los acechaba.

Ella aplaudió.

El estremecedor sonido de la criatura la lanzó contra la piedra, como si un barco hubiera chocada contra un acantilado justo encima de su cabeza. Su mejilla contra el acueducto, tierra y sangre en la boca, Angharad se arrastró hacia adelante. Detrás de ella, el espíritu — el halcón de la angustia — ondulaba como un estanque movido por el viento. Solo quedaba la silueta dorada pintada en sus plumas.

“Una vez más,” ordenó Isabel, con voz más firme.

Briceida aplaudió y el viento azotó sus trenzas, mientras el espíritu chillaba tras ella. La Pereduri se levantó y se apartó, Brun ayudándola a ponerse de pie. Ella se giró justo a tiempo para ver cómo el halcón de la angustia destrozaba en dos el cadáver del hollo, chillando con odio, pero retrocediendo al ver que la doncella de cabello rojo retiraba las manos. Un último grito de furia y el espíritu se arrojó al borde del acueducto, desplegando sus grandes alas, huyendo en la noche.

“¿Estás bien?” preguntó Brun suavemente.

“Estoy bien,” logró decir. “Fui... protegida.”

Ya no podía sentir la presencia del Pescador. Sabía que el viejo espíritu la habría dejado morir, si fuera garras o colmillos lo que fuera a tomarla. Pero el halcón de la angustia intentó arrebatarse su alma, y eso el Pescador no estaba dispuesto a tolerarlo.

Tenía un derecho sobre ello, hasta que concluyera su trato.

—Y qué bueno que lo estuvieras, —mordió Song, observándola de arriba abajo como una madre angustiada—. Los Harrowhawks devoran las almas que capturan, Angahrad, pero lentamente. Es una tormenta de gritos durante décadas.

—Entonces debo agradecerle doblemente a Briceida, —contestó ella, buscando a la doncella.

En ese momento, ella estaba arrodillada en el suelo, Isabel de pie sobre ella, calmándola mientras la pelirroja desesperadamente tragaba lo que parecía una tableta blanquecina y en polvo. A excepción de la herida en el rostro de Cozme y la manera en que Augusto Cerdan sostenía su brazo izquierdo, parecía que su compañía había salido ilesa. No habrían, pensó Angharad, si la criatura hubiera estado más interesada en devorar sus cuerpos que sus almas. Reprimió ese oscuro pensamiento y volvió a fijar la mirada en el extraño espectáculo de Briceida.

—¿Un remedio sacromontano? —aventuró.

La medicina de Lierganen aún se aferraba demasiado a las costumbres del Segundo Imperio, todos lo sabían, y apenas sus doctores eran mejores que la peste.

—No, —respondió Brun en voz baja, con los ojos entrecerrados—. Eso es tiza. Tabletillas de tiza.

Sus padres habían sido mineros, recordó Angharad. Ninguno de ellos hizo más comentarios sobre Briceida masticando toda una tableta, tan larga como desde el comienzo de la muñeca de la noble hasta la punta de sus dedos. Si no era medicina, era el precio de un contrato, algo que no se discutía cuando la doncella acababa de salvarles la vida. La pelirroja lloriqueaba a medias, Isabel la sostenía con suavidad mientras terminaba la última de la tiza y empezaba a vomitar.

—Otra, —jadeó Briceida—. Maldita sea, quiere otra.

Apenas un parpadeo después, vomitó ruidosamente, y todos apartaron la vista. En las canciones, en los relatos, los espíritus pedían cosas hermosas a quienes hacían tratos: una canción de amor verdadero, el ritmo de las alas de una mariposa, una espada bañada en sangre de demonio. Pero esas eran canciones, y la verdad no era tan bonita. A veces, los espíritus querían cosas más mezquinas como pago, como la sensación de una mujer comiendo tiza, sin importar el daño que eso causara a su cuerpo. Siguiendo la tranquila sugerencia de Brun, decidieron abrir la cuerda que los huecos usaban para escalar el acueducto. Después de la visita del Harrowhawk, no volvieron a hablar de permanecer allí: quizás regresara, o un espíritu más peligroso se interesara en el escándalo.

Briceida tuvo que tragar la mayor parte de una segunda tableta, pero al menos logró retenerla. Se alejaron en cuanto pudo ponerse de pie, Angharad guardando la cuerda en su bolsa sin decir palabra.

Avanzaron en la oscuridad, sólo con la débil luz de una linterna temblorosa que los guiaba.

Revision #1

Created 17 April 2026 21:25:47 by Michael Brown

Updated 17 April 2026 21:25:51 by Michael Brown